

Luis Millones y Hiroyasu Tomoeda. 2011. *La Cruz del Perú*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Sevilla. 121 páginas.

Wilson Muñoz Henríquez¹

“La Cruz del Perú” es un breve, pero profundo estudio histórico y antropológico sobre una de las celebraciones cristianas más extendidas en la zona andina: la Fiesta de la Cruz. Según los autores, la particularidad de la figura de la cruz en los Andes dista mucho de ser aquél símbolo que la doctrina oficial católica se esfuerza en esculpir dogmáticamente. Más que el madero sagrado del cristianismo, se trataría de una “persona”, pues se le atribuyen deseos, pasiones, resentimientos y capacidades para bendecir/maldecir, como se hace con cualquier otro ser sobrenatural que puebla el espacio sagrado en los Andes. El libro explora el recorrido de esta figura en la historia andina, partiendo con su ingreso real o fantasioso en una época anterior al desembarco de Colón, luego su encarnación como símbolo de la conquista, su lugar en las luchas contra las idolatrías durante la Colonia, para finalmente mostrar sus manifestaciones contemporáneas.

El libro intenta cumplir con un doble objetivo. Por un lado, mostrar cuál ha sido el camino que la figura de la cruz ha seguido a lo largo de su historia en los Andes. Por otro lado, y a partir de lo anterior, develar cuáles han sido las reconfiguraciones y resemantizaciones que ha sufrido históricamente este símbolo, con el fin de dilucidar cómo pasó de ser un emblema de la persecución idolátrica, a convertirse en un icono utilizado y venerado ampliamente por la población andina.

Según los autores, lo que permitiría comprender este fenómeno es la activa resemantización de este símbolo y sus rituales que los indígenas lograron desarrollar a lo largo de todo el proceso histórico que se inicia con la invasión española y continúa hasta la actualidad. Efectivamente, se muestra que más allá del adoctrinamiento oficial y de la genuina creencia cristiana adoptada por muchos indígenas, lo que ha mantenido viva esta festividad ha sido que se trata de un fenómeno socioreligioso que ha permitido, directa o indirectamente, continuar con el culto precolombino practicado en honor a los cerros y montañas consideradas sagrados por la cosmovisión andina.

Para arribar a esta tesis, los autores se valen del análisis histórico de una serie de crónicas coloniales y diversos dispositivos eclesiásticos relacionado con el tema, lo cual es complementado con el trabajo etnográfico que el equipo de investigación de Millones llevó a cabo durante los años 2007 y 2009 en la provincia de Huanta (departamento de Ayacucho), además de la revisión de la literatura especializada al respecto.

El libro comienza subrayando la importancia de revisar la historia del símbolo de la cruz en el territorio andino, abocándose a ello en el primer capítulo titulado “La predicación precolombina”. La senda se inaugura con los escritos del Inca Garcilaso de la Vega, donde se evidencia que la figura de la cruz ya estaba presente en las Indias antes de la llegada de Colón. Se trataba de una cruz cuadrada (denominada posteriormente *chakana*) que se ubicaba en las tomas de aguas y se utilizaba en las ceremonias de limpieza de acequias. Hasta la actualidad la población indígena niega su asociación directa con el cristianismo, como lo hicieron también los europeos desde sus inicios. Por ello esta cruz fue rápidamente devaluada. Sin embargo, lo más significativo del capítulo es evidenciar que los cronistas de descendencia indígena, como Santa Cruz Pachacuti o Guaman Poma de Ayala, preferían construir una historia donde la zona sur andina habría sido cristianizada con anterioridad a la llegada de Pizarro, lo que se

manifiesta claramente en los relatos sobre las acciones de San Bartolomé y Santo Tomás en los Andes, supuestamente ocurridos antes de la invasión española. En este sentido, la iglesia no tuvo problemas para re-encauzar por un camino ya pavimentado a quienes ya habían decidido y reconstruido el origen de la santa cruz.

“La cruz de la conquista” es el segundo capítulo del libro y su objetivo es mostrar cómo se fue insertando el símbolo cristiano en los Andes. Se muestra cómo los primeros cristianos europeos advirtieron rápidamente que en las sociedades americanas los cerros eran depositarios de deidades locales. Concretamente, en el caso andino, estos cerros eran también muchas veces los dioses tutelares de las comunidades aledañas, por lo que se volvió necesario para los evangelizadores poner una cruz en la cima de todos aquellos cerros considerados sagrados para los indígenas, bajo sospecha de idolatría. Esta “superposición” del madero cristiano comenzó en los inicios de la conquista y rápidamente los cerros se vieron poblados por este símbolo.

En el capítulo siguiente, “La cruz de las idolatrías”, se evidencia cómo la iglesia persiguió despiadadamente a los remanentes de las religiones precolombinas, así como también a muchos de los productos resultantes de la primera interpretación indígena de la evangelización durante la Colonia. Para la iglesia, “la cruz del extirpador de idolatrías, como aquella de la Santa Inquisición, fue la enseña de su poder” (p. 60). Para los conquistadores, América se mostraba como un enorme territorio dominado por el demonio, por lo que cada catequización establecía las fronteras de su dominio cristiano utilizando este símbolo como señal. Por su parte, la población indígena paulatinamente fraguaba sus estrategias para combatirla, ocultando su desacuerdo bajo las máscaras de presuntos creyentes. Es esto lo que habría permitido que se mantuvieran vigentes los remanentes de las tradiciones precolombinas.

Por último, en el capítulo titulado “Todas las cruces son nuestros abogados ante el señor”, los autores nos muestran un ejemplo etnográfico de la Fiesta de la Cruz celebrada en Luricocha, distrito de Huanta (Ayacucho). El análisis se inicia con una reconstrucción etno-histórica que permite situar y comprender el caso de estudio. Al respecto los autores nos recuerdan que desde sus orígenes esta festividad tropezó con muchos inconvenientes en el proceso de catequización. Si bien los eclesiásticos desplegaron una serie de mecanismos para que los “gentiles” (indígenas) comprendieran el sentido que el dogma asignaba a las representaciones religiosas, no podían borrar de un plumazo los miles de años que tardaron en construirse las religiones precolombinas, herederas de una mitología y cosmovisión largamente establecida. Una manifestación clara de esto se aprecia en la importancia y sentido que adquieren las figuras de los cerros en la celebración de la Fiesta de la Cruz; pues los cerros son una expresión visible de sacralidad en toda la zona andina, por lo que merecen veneración, otorgan favores y también cobran castigos. En este sentido los autores señalan que si bien los indígenas han asumido históricamente la prédica católica al respecto, no es menos cierto que han utilizado el mismo símbolo de la cruz para confirmar aquello que desde los orígenes consideraban sagrado. Lo interesante es apreciar que a partir de festividades como esta, la población indígena ha conseguido huir de las censuras y olvidos, llegando incluso a considerarse libres durante los pequeños espacios que otorgan los festejos. Por ello, se comprende también porqué las cruces poseen un lugar privilegiado en el santoral andino y porqué esta festividad, si bien posee ribetes católicos, es una celebración gestada y gestionada íntegramente por la comunidad indígena, especialmente por las hermandades o cofradías locales.

Es necesario destacar que la Fiesta de la Cruz de Mayo es una de las celebraciones más extendidas en la zona sur andina y también se encuentra presente en muchos otros lugares de Latinoamérica y Europa (principalmente en España). Sin

embargo, la significativa extensión y adhesión a esta manifestación popular contrasta abruptamente con las escasas investigaciones sistemáticas realizadas al respecto. En este sentido, la obra que aquí se presenta representa un claro aporte a la disciplina histórica y antropológica de la región. Además, es especialmente destacable el concienzudo y hábil tratamiento de fuentes documentales utilizadas por los autores para reconstruir esta historia de la que muy poco sabemos. Sin lugar a dudas, este no sólo es el aspecto mejor logrado del texto y el que ocupa también la mayor parte del escrito, sino que en ello radica su particularidad.

Por contrapartida, la sección destinada a la descripción etnográfica está mucho menos lograda. Evidentemente, Millones y Tomoeda señalan explícitamente que la descripción del caso etnográfico es más bien un caso del fenómeno estudiado, utilizado también para dar fundamento empírico a su tesis o simplemente para ilustrarla. Sin embargo, bajo el mismo argumento el lector espera un mayor tratamiento, sobre todo pensando en los lectores neófitos que no conocen esta festividad y se acercan a este libro para conocerlo. Sin embargo, este detalle en ningún caso puede menguar el aporte del estudio.

Quizás sea un segundo aspecto más teórico el que puede suscitar mayor resquemor. Y es que, como los mismos autores señalan, existen pocos estudios dedicados a abordar esta temática. Además, la amplia zona que corresponde al área sur andina posee muchísimas manifestaciones religiosas y una significativa diversidad cultural. Evidentemente, no todos han sufrido la misma historia que antecede a lugares como Cuzco o la provincia de Huanta, donde los extirpadores de idolatrías se hicieron sentir fuertemente. Por ello, es cuestionable el hecho de hacer extensiva la tesis sobre este fenómeno a toda la zona sur andina, como hicieron estos autores. Una vez más, son las futuras investigaciones quienes debieran resolver paulatinamente esta cuestión.

Sin perjuicio de lo anterior, “La Cruz del Perú” claramente pasará a convertirse en un ladrillo necesario y sugerente para cualquier reconstrucción e investigación seria que quiera hacerse sobre este fenómeno en la región. Además, se trata de un texto bien logrado, pues no sólo refleja el trabajo histórico y etnográfico que avala la investigación en todo momento, lo cual es una constante en la extensa obra de su principal autor, sino también porque su prosa simple y fluida nos devela de manera deliciosa aquellos aspectos más profundos y complejos de la dimensión sagrada en los Andes, algo a lo que también ya nos tiene bien acostumbrados Luis Millones.

Luis Millones es Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú y la Universidad de Chile. Ha sido becario de la Guggenheim Foundation, de la National Geographic Society y del Instituto Hemisférico de University of New York (Senior Fellow). A sí mismo, ha sido profesor de las Universidades de Stanford, Princeton y Harvard (E.E.U.U.), e investigador del Museo Nacional de Etnología de Japón, del Instituto Simón Rodríguez de Buenos Aires, del Instituto Riva Agüero de Lima y miembro correspondiente de la Academia de Historia de Chile. Además, es Profesor Emérito y Profesor Honoris Causa de diversas universidades peruanas. Actualmente es profesor en la Universidad de San Marcos (Lima) y es Director del Fondo Editorial de la Asamblea de Rectores del Perú. Tiene una vasta trayectoria en investigación en temas de etnicidad y religiosidad popular, donde es reconocido como una autoridad intelectual.

¹ Sociólogo y Master en Investigación Etnográfica, Teoría Antropológica y Relaciones Interculturales. Áreas de investigación: simbolismo, ritualidad y religiosidad popular. Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas. Universidad de Tarapacá (Chile).